

EN SALCEDO

Agonía

En este postrer momento de la vida del hombre rodean su lecho de dolor todos los parientes del moribundo y los vecinos más amigos, dirigiendo continuamente sus plegarias al cielo por la salvación de su alma, rezando oraciones diversas, como rosarios, padrenuestros, etcetera. Suele acostumbrarse, además, encender la vela que el día de Jueves Santo ardió ante el Santísimo o alguna de las que han estado encendidas ante Nuestra Señora de la Virgen Blanca de Vitoria y de Nuestra Señora de la Vega de Haro, que tienen buen cuidado de conservar en las casas para tales casos.

Mientras tanto, uno de los parientes más allegados moja de vez en cuando la boca del paciente con agua fría para mitigarle la sed que, según dicen, es muy grande en los agonizantes, y creen que con esto mitigan un tanto sus sufrimientos y que se ganan muchas indulgencias.

Muerte

Son varias las señales por las cuales se conjetura la proximidad de la muerte. Tales son el que dé el reloj al mismo tiempo en que se eleva la Santa Hostia después de la Consagración; sentarse trece en una mesa; cantar el gallo a deshora.

Después de la muerte

Inmediatamente después de ocurrida la muerte se procede a cerrar los ojos del difunto, y pasados unos tres cuartos de hora, a sacar su cuerpo del lecho en que ha muerto y a verificar el amortajamiento. Después colocan una o dos lamparillas de aceite al lado del cadáver, y dos velas de la Cofradía de la Vera-Cruz, si el difunto era cofrade de ella. Todas estas luces arden hasta que sale el cadáver de la casa mortuoria.

Amortajamiento

La mortaja más común es el hábito de San Francisco, consistente

en un sayal color gris que cubre todo el cuerpo, desde la cabeza hasta los pies inclusive. Suelen además, atarle fuertemente con una cuerda llamada de bala, un brazo y una pierna (ésta por el muslo); pero en tal forma que si el brazo derecho es el atado, sea la izquierda la pierna atada, o viceversa. Esto lo hacen, según dicen, con el fin de que el cadáver no se corrompa antes de ser inhumado.

A aquellos cadáveres de los cuales temen que se han de hinchar, colócanles encima del vientre un platillo con sal y unas tijeras abiertas en forma de cruz sobre dicho plato. Creen que haciendo esto, no se produce tal hinchazón.

Suelen atarle también las manos juntas y los pies juntos, pero unas y otros se los sueltan, cuando llega a enfriarse por completo; pues no tiene otro objeto tal operación que el de ponerle estos miembros en forma decorosa. La boca se le sujeta a la cabeza con un pañuelo, con el fin de que quede cerrada, y se le suelta más tarde.

Al desligarle las manos le colocan ordinariamente en ellas un Crucifijo y encima de la mortaja una Bula de Cruzada.

Conducción del cadáver a la iglesia

La conducción se verifica del modo siguiente: formado el cortejo delante de la iglesia, se dirige a la casa mortuoria, yendo primero el sacristán con la Cruz parroquial y a su lado dos monaguillos con los ciriales; siguen después los hombres en dos filas, y si el difunto pertenecía a la mencionada Cofradía de la Vera-Cruz, uno de los cofrades lleva el Crucifijo que llaman el «Arbol» alzado en medio de las dos filas de hombres, y además lleva cada uno una vela de dicha Cofradía, y los mayordomos de ella, que suelen ser dos, llevan una hacha encendida, y van al lado del Crucifijo; a continuación van el Párroco y demás sacerdotes, y detrás de éstos las mujeres, también con velas como los hombres.

Llegados á la casa mortuoria y hechas las ceremonias de ritual, rompen de nuevo todos la marcha hacia la iglesia, yendo primero, como antes, la Cruz parroquial y detrás los hombres con el Crucifijo mencionado, pero con la diferencia de que ahora le llevan mirando

hacia atrás con el fin de que mire al cadáver, sigue el clero, detrás el féretro, tras éste los parientes y acompañamiento, yendo los primeros los parientes más cercanos, y por fin cierra la comitiva el grupo de las mujeres del pueblo también como antes.

Funerales

Hay ordinariamente tres clases de *funerales*: una a la que asisten tres o más sacerdotes, y se llama de 1.^a clase; otra a la que asisten dos y es la de 2.^a, y por fin la de 3.^a a la que sólo asiste uno.

Además de la misa del entierro, generalmente se acostumbra la celebración de un novenario de misas cantadas en los días siguientes.

El funeral se celebra del modo siguiente: al llegar el clero a la casa mortuoria, el cadáver se halla ya puesto en el féretro sobre una mesa en el portal o entrada principal de ella. Entonces el sacerdote que hace de preste rocía el féretro con agua bendita y al punto empieza la antifona «Si iniquitates» con el salmo «De profundis» que se recita íntegro. Después de repetida la antifona «Si iniquitates», entonan la antifona «Exultabunt Domino etc.» y seguidamente empiezan el canto del salmo «Miserere» que van cantando hasta llegar a la iglesia.

Colocado el cadáver en el pórtico, los sacerdotes ponen fin al «Miserere» con el «Requiem aeternam» aunque no se haya cantado dicho salmo íntegramente; repiten la antifona «Exultabunt etc.» íntegra, y comienzan el «Subvenite sancti Dei»; terminado esto, entran todos en la iglesia. Los sacerdotes y cantores se dirigen al coro en donde se cantan las vísperas de difuntos, y los hombres que forman el acompañamiento se dirigen a un banco dispuesto de antemano en la misma iglesia para los que están *de honra* (así se llama el acompañamiento) y allí permanecen durante todos los Oficios, colocados según el grado de parentesco y amistad; y las mujeres que están igualmente *de honra* se dirigen a la sepultura (aunque hoy no se entierra en ella) que la casa del finado tiene en la misma iglesia, sobre la que se encuentra el llamado hachero con una o dos hachas de cera ardiendo y gran cantidad de velas, también ardiendo, puestas por los familiares del difunto, a las que se unen las que los vecinos del pueblo llevan, una cada uno, para aquel día.

Terminadas las vísperas en el coro, el sacerdote o sacerdotes bajan de él, y se colocan frente a esta sepultura, y uno de los cantores entona en el coro el «Ne recorderis» y le contestan todos los demás cantores, y terminado este responsorio y dicho el «Pater Noster» por el Preste, pasan primero los hombres donde está el dicho Preste y besándole la mano derecha, depositan en su bonete monedas de cinco céntimos o de diez; pero más comúnmente de cinco.

Después pasan las mujeres haciendo lo mismo. Terminado esto y dicha la correspondiente oración, entonan en el coro el «Memento» y a continuación vuelven a pasar delante del Preste como antes. Sigue el canto «Qui Lazarum», y todos, hombres y mujeres, pasan tercera vez delante del Preste, besándole la mano, y depositan su responso como antes.

Por fin dicho el «Requiescat in pace» por el Preste, se dirigen éste y los demás sacerdotes, si los hay, de nuevo al coro en donde se canta el invitatorio y primer Nocturno, después de los cuales comienza la celebración de la Santa Misa. Mientras tanto el cadáver permanece en el pórtico alumbrado con dos velas, lo mismo que en los demás Oficios.

Al llegar al Ofertorio baja el que celebra la Santa Misa, o el que hace de Subdiácono si es Misa de tres, a las gradas del Presbiterio, y van los hombres a lo que se llama *ofrecer*, (aunque esto no lo hacen siempre) pasando junto a él y depositando monedas de diez céntimos y besando todos la Estola o el Manipulo. Después pasan las mujeres con unos cestaños cubiertos con una tela blanca adornada con dos franjas postizas negras y besan igualmente la Estola o Manipulo y dejan allí los cestaños. Estos contienen tres panes de menos de un kilo cada uno, o también uno grande que pese poco más o menos lo que pesan tres de los pequeños.

Terminada la Santa Misa y revestido el Preste de Capa, se dirigen éste y los acompañantes, precedidos de la Cruz y los ciriales, a la puerta de la iglesia que suele estar abierta, recitan el «Non intres» con lo demás del ritual. Antes de que diga el Preste el «Pater Noster» correspondiente al Responsorio «Libera me etc.» salen los monaguillos que llevan la Cruz y los ciriales al pórtico donde está aún el cadáver y se colocan a la cabeza de éste y dicho el «Pater Noster», el

dicho Preste sale con el hisopo y rocía el féretro, y después lo incienso en la forma prescrita por el ritual. Hecho esto, entran todos dentro de la iglesia y terminan de cantar el Oficio de Sepultura. Después los sacerdotes se dirigen a la sepultura de la familia precedidos de la Cruz y los ciriales y se colocan frente a ella. Entonces se comienza el canto de los tres Responsorios supradichos «Ne recorderis», «Memento» y «Qui Lazarum», y a cada «Pater Noster» de los tres responsorios pasan todos, hombres y mujeres, que están *de honra* y esta vez también los que no lo están, por delante del Preste, besándole la mano, y depositan en su bonete monedas de cinco céntimos.

Terminado esto, se dirigen los sacerdotes a la Sacristía, rezando en el camino «De profundis», y quitadas las vestiduras de la Misa, revístese uno de estola y sobrepelliz y sale precedido de los monaguillos que llevan la Cruz y los ciriales. Entonces se emprende la marcha hacia el cementerio, yendo el féretro delante, la *honra* detrás y a continuación el sacerdote. Llegados todos al cementerio, el sacerdote reza dos o tres responsos por el difunto rociándole con el hisopo en cada uno de ellos y en seguida manda darle tierra. Entonces los parientes más próximos, como el esposo (si el entierro es de mujer, pues si es de hombre, la viuda no asiste), hijos, hermanos y todos los demás allegados se acercan al féretro y entre sollozos y gemidos besan el cadáver y se despiden de él con alguna que otra frase propia de estos casos.

Después los enterradores quitan al cadáver los objetos de algún valor, como el Crucifijo y el Rosario, y al féretro los adornos y letras, y clavando la tapa de éste, lo depositan en la fosa hecha de antemano. Entonces todos los asistentes toman en sus manos un puñado de tierra y besándolo primero lo arrojan sobre el féretro cumpliendo con esto la obra de Misericordia de enterrar a los muertos. El sacerdote reza allí mismo un responso por todos los difuntos que yacen en el cementerio y emprenden todos el regreso hacia el pueblo, y llegados a él, se dirigen a la casa mortuoria y allí invita el sacerdote desde la puerta principal a todos los presentes a que encomienden el alma del difunto a Dios Nuestro Señor, y reza tres responsos. Antes del primero dice: «encomendemos a Dios el alma del difunto presente con un

«Pater noster»; antes del segundo añade a estas palabras las siguientes: «por modo de caridad»; y antes del tercero dice: «por la misma intención». Terminando el tercer responso y dicho el «Requiescat etcetera», añade: «en el cielo le veamos», y dando el pésame a la familia y a la *honra* toda que está a la parte de adentro, o sea en el portal, se va a su casa.

Entonces sale a la puerta uno de los más allegados del difunto que iba en la *honra*, y da la voz de «que espere un poco la gente», y se sientan todos los que han asistido al funeral alrededor de la casa. Los que han conducido el cadáver, que suelen ser los mozos, reparten pan entre los presentes, dando a cada uno un pedazo de medio kilo, o sea la cuarta parte de una otana, y luego con sendos jarros de vino y unos vasos les dan uno o dos tragos. Hecho esto, se le ordena a uno de los hombres de más edad que rece por el difunto, el cual levantándose invita a todos a encomendarle a Dios, diciendo «encomendemos a Dios al difunto presente con un *Padre nuestro* y una *Ave-María*», y levantándose todos, rezan bajo la dirección de aquél. Luego añade: «por modo de caridad otro *Padre nuestro*, etc.»; después: «por la misma intención otro *Padre nuestro*, etc.»; seguidamente añade: «por todos los difuntos de este pueblo otro *Padre nuestro*», y por último dice: «por el primero que faltare de los presentes, o de la compañía, otro *Padre nuestro*». Terminado éste y rezada una Salve a la Santísima Virgen, dice en voz alta: «en el cielo le veamos» o «en el cielo nos veamos todos». Se sientan todos de nuevo; los mozos vuelven a repartirles otros dos tragos de vino y después rezan otra vez como antes. Después se dirigen todos a sus casas, a no ser que otra vez les avisen para que tomen otro trago en la misma forma que antes, en cuyo caso algunos (no todos) se detienen; pero ya no se reza más. Al acto de obsequiar con pan y vino llaman «dar la Caridad».

Todos los parientes, amigos y demás que hayan tomado parte en la *honra* comen en la casa mortuoria, así como los mozos que han conducido el cadáver, el sacristán o cantor principal y los que de un modo especial hayan servido en tal ocasión a la familia del difunto.

Al empezar y al acabar la comida rezan todos en la misma forma que en la «Caridad», con la sola diferencia de que esta vez dirige el

rezo el pariente más caracterizado por su edad o dignidad. Terminada la comida, repiten el pésame a todos los de la familia, y dirigiéndoles algunas frases de consuelo, se despiden y se van a sus respectivas casas o pueblos. Así termina la *honra* fúnebre del entierro.

Los responsos

Se echan dos los días laborables y tres los festivos, durante un año a contar desde la fecha del fallecimiento hasta igual fecha del año siguiente, o sea durante el año que llaman *de cuerpo presente*. Algunos suelen dejar cierta cantidad de trigo como limosna que por estos *responsos* se da al Cura Párroco; pero los más dan por cada *responso* cinco céntimos. Estos responsos se echan los días laborables inmediatamente después de la Santa Misa, y los festivos después de las vísperas, sobre la sepultura que la familia del difunto tiene en la iglesia, estando encendidas el hacha y varias velas.

Al finalizar el año *de cuerpo presente*, se acostumbra la celebración de una misa cantada con Nocturno en sufragio del alma del difunto, a lo cual se llama *Cabo de año*. En esta ocasión se invita a que asistan a los parientes muy próximos que viven en el pueblo.

FELIPE DE ARREDONDO.

EN GALARRETA

Agonia .

No tiene otro nombre que el de *Agonia*.

Durante la agonía, si ocurre de día, es costumbre tocar 12 campanadas en la torre de la iglesia de tal manera que entre una y otra transcurra un minuto próximamente; pero si es de noche, no se toca nada: sólo en el caso de haber ocurrido la muerte, tocan a muerto a continuación del *Angelus* del alba.

Durante la agonía y a veces antes de ella, algunos suelen encender en casa alguna vela, poniéndola delante de un crucifijo o de un